

negar que es una moza de lei, tiene «postura real», como dice aquel cronista...

Los dos viejos contemplaron largo rato la figura, que era en verdad la de una apuesta mujer en traje de baile. Luego cayeron en una meditación profunda. Ambos sin comunicárselo, recorrían melancólicamente su vida hacia atrás; los tiempos duros de la primera etapa, el triunfo económico, la fe perseverante en un futuro mejor, la esperanza en los hijos, luego la rotura de las ilusiones, el desencanto inevitable y doloroso, consecuencia imprevista de lo demasiado brusco de una transformación.

No eran ya muy jóvenes cuando soldaron sus existencias. El llevó antes de su unión una vida ruda, de avería. Como todos los hombres de su época y de su medio, había pagado su tributo de pasión e inclinaciones, a la guerra civil, de la cual sacó alguna herida, experiencia, y el grado, un tanto nominal, de «comandante».

Después de su matrimonio, doña Cándida, con la cual se casó muy enamorado, consiguió extirpar de aquella naturaleza los gérmenes atávicos del abuelo nómada.

Alvarez se entregó de lleno y con fe al trabajo, ayudado por su mujer, que le llevaba la ventaja de alguna instrucción primaria.

Cuidó de su estancia, a la que supo aplicar los conocimientos adquiridos en sus correrías. Tenía clavada en la mente la obsesión de esos mayordomos ingleses, que al parecer, sin soltar el pito y el vaso de whisky con soda saben sacar todo su jugo a la tierra.

No fumaba sino picadura envuelta en chala, y rara vez se enjuagaba la boca con caña. No dejó nunca de ser el primero en montar a caballo, pero compró toros y carneros para planteles, edificó galpones para el ganado fino y le dió lo suyo, al arado. Su voluntad férrea sustituyó la falta de conocimientos, y dentro del empirismo fué un criador completo.

Con doña Cándida aprendió después de empeñosa tarea, a leer, aunque no muy de corrido. Eso le sirvió para afirmarse en algunas ideas sobre refinamiento por selección y por mestizaje. En lo que no evolucionó, irreducti-